

La palabra y el médico

CARLOS VEJAR-LACAVE *

El hombre es hombre porque habla; los cartesianos dirán: porque piensa; pero piensa porque habla, porque tiene un lenguaje. No se puede pensar sin palabras. De todas las definiciones que la ciencia da para diferenciar un ser humano del animal, la definitiva es la palabra. Miguel de Unamuno dice que el *Homo sapiens* no le convence. Concibe mejor un mono que sepa y no un mono que llore e hiciera presente la semejanza de un sufrimiento. Por otra parte el *Homo faber*, industrial y capaz, inventor de herramientas, es concebible en el gorila o en el orangután, que se arman de un palo para ayudarse en la lucha contra animales mayores.

El *Homo loquax*, que habla relacionándose con los demás, es el que da nacimiento a la raza humana; la palabra es símbolo, es abstracción, y el animal no sabe nada de eso.

Las ciencias biológicas han estado influenciadas fuertemente por Carlos Darwin y su teoría de la evolución. Nace la vida en el mar, en esa zona en la que la ola besa la playa. Ultramicroscópicas moléculas, muchos miles de veces más pequeñas que un microbio, pudieron, nadie sabe como ni porqué, multiplicarse, es decir crecer y reproducirse, sin terminarse. Este fue el principio; contemplamos entonces el comienzo de la aventura de la vida. Virus, bacteria, célula vegetal, lo que haya sido, he ahí nuestro ancestro. Tal nos dicen los científicos evolucionistas.

La botánica brotó poco después; la vida vegetal cubrió montañas y valles, engarzando su nota de color en la fría austeridad de un mundo inerte. El

árbol lanzó sus semillas al viento y al caer, fecundaron la tierra.... Y pronto, la flora se convierte en geografía al clasificar un lugar, un clima, un suelo. Sigue después la fauna, que adquiere por adaptación al medio natural, características específicas. Y evoluciona desde la ostra hasta el mamífero, presentando cada vez mayor jerarquía en su morfología y en sus funciones.

Ha sido pues la tierra el escenario en que el impulso vital, cruzando los siglos, ha evolucionado, perfeccionando y multiplicando sus formas orgánicas, hasta llegar al hombre. Algunas especies desaparecieron; otras, brotaron con cierta espontaneidad. Muchas veces no puede apreciarse como podían descender unas de las otras, teniendo tan poco en común.

Los zoólogos seguirán haciéndose preguntas y quizá no averigüen jamás la verdad; pero nosotros tenemos que estudiar al hombre, este animal a quien ha sido concedida la facultad de expresarse, de hablar, de saber quién es, de transmitir por la palabra sus conocimientos, sus sentimientos, su voluntad; animal único porque tiene conciencia de él mismo. ¿Qué de común pueden los antropólogos encontrarnos con los demás animales y con los primates, si no tienen el don de hablar y por tanto, nunca pensarán ni tendrán conciencia? Sin vanidad alguna debemos declarar que somos diferentes. El hombre, en el reino animal, es otra cosa.

Nuestro cerebro es el asiento de los centros del lenguaje. Y la Naturaleza ha dispuesto que se encuentren en el hemisferio rector de la mano que trabaja, en el izquierdo y sólo en los zurdos, en el derecho. La percepción es el paso obligado para el

* Académico titular

conocimiento, nos es común con el animal; pero el hombre va más allá, conoce y enjuicia, razona, y actúa en consecuencia. El conocimiento es la infraestructura, de donde saldrá la idea, que es, en suma, una sucesión de palabras dictadas por las neuronas cerebrales. La calidad de nuestros pensamientos futuros tiene mucha relación con el desarrollo que hagamos de nuestros centros de lenguaje.

Y también los otros centros, aún no descubiertos, que condicionan la emoción, la lógica y el conocimiento, se hallan en la vecindad de la circunvolución de Broca; y quizá los hemisferios frontales, tan solemnes y misteriosos, tengan un papel preponderante en las funciones intelectuales y afectivas, en el discurrir filosófico o en el goce estético.

II

Nuestra profesión es una actividad de atentos escuchas. La gente va a vernos para contarnos sus cuitas, sus angustias, sus dolores; le gusta por tanto que le escuchen con atención. El médico distraído, indiferente y poco comunicativo, no ejerce con éxito su tarea. Tenemos que tener el oído preparado y el ánimo atento para captar, para absorber todo lo que el enfermo dice; y aun debemos a menudo pintar en nuestro rostro, por simpatía, la tristeza cuando escuchamos una queja, la alegría cuando el dolor se apaga, la preocupación cuando el paciente busca que compartamos sus penas.

La ciencia está de moda; sus investigaciones, sus experimentos, sus técnicas, nos han conducido a ser testigos de hechos maravillosos como el caminar del hombre en la luna o la bomba atómica. Sus métodos y sus procedimientos nos son conocidos, enuncia hipótesis y valora y enjuicia los resultados, hasta llegar a conclusiones que inclusive no se sabe si son definitivas, o tendrán que ser modificadas siguiendo el ritmo del progreso.

Pero cuando hablamos del ejercicio de la medicina, no debemos olvidar que muchas cosas que practica no son ciencia. La magia y el mito están metidos en nuestra profesión y hay cosas inexplicables por la pura razón; tal es el ojo clínico, la exactitud del pronóstico y hasta las curaciones inesperadas, que parecen milagrosas y que son explicadas mejor intuitiva que razonablemente.

Estas fuerzas ajenas a la explicación lógica, igual que las derivadas del conocimiento científico, demandan para usarlas de la palabra del médico, apropiada, persuasiva, cariñosa. Momento en que el enfermo se abre para recibir

nuestro mensaje y que debemos aprovechar, sagaz e inteligentemente, para lograr un impacto espiritual que lo haga receptivo a cualquier clase de medidas psicoterapéuticas que empleemos, desde la sugestión, que acompaña obligadamente a nuestras prescripciones, hasta las fronteras del psicoanálisis.

El paciente está naturalmente deseoso de encontrar en el médico una personalidad acorde a sus anhelos y a sus esperanzas. Quisiera que fuéramos hombres clave, capaces de devolverle la salud perdida, sin importarle qué recurso terapéutico usamos para ello. El quiere que termine esa vida desastrosa y amarga, que lo incapacita para su tarea cotidiana, y aunque ignora el valor terapéutico de la palabra, se siente confortado cuando el profesional sabe escuchar y después explicarle su mal, conduciéndolo sabiamente hacia la comprensión primero, y a la curación después, de su padecimiento. No otra es la base del psicoanálisis, curación por palabras, palabras del enfermo y del médico. Diálogo que se hace entendimiento, desahogo mental, ajuste afectivo que llega a menudo —sin ninguna droga— a una completa recuperación. Médico que se vuelve amigo, médico al que se le puede amar.

Somos pues confidentes obligados de vidas dolientes y desesperadas; escuchamos las palabras que nos relatan penas y dolores; palabras y más palabras, angustias y problemas, sufrimientos y cansancio, todo lo que el enfermo lleva en el alma, debemos escucharlo con atención.

Es por tanto no sólo en la psiquiatría y en psicoanálisis sino en la medicina general, que la curación se hace a menudo usando la palabra como medicamento. El tratamiento de todo tipo de enfermos, aunque no sean obligadamente neuróticos, se ve favorecido por la exacta comprensión facultativa que permite una conducta amable, que es indispensable para ayudar a resolver problemas, atenuar desdichas y despejar limitaciones. El temor y la angustia disminuyen frente a un médico de recia personalidad y fácil ayuda. La palabra del enfermo y la del médico deben entretejer un correcto entendimiento, que disipe dudas e indecisiones. Por eso debemos desterrar toda prisa, abrir la mente y el corazón, para escuchar con paciencia y pormenorizadamente, confesiones, problemas, quejas y preocupaciones. Es más, debemos favorecer esta catarsis con preguntas adecuadas, estimulando esta corriente de palabras que provocará el desahogo mental, que pueda ayudar al enfermo a su completa recuperación.

Hemos resultado así amigos del paciente, hemos reorientado sus torcidas tendencias, redescubriendo sus complejos; le estamos ayudando a

manejar su problemática personal y social y a reincorporarse a su medio, con mejores armas para desenvolverse en las lides y asechanzas del vivir cotidiano. La palabra ha sido el conducto debido, que actúa como eficiente terapéutica, fuera de drogas, maniobras fisioterápicas, sueros y hospitales.

La palabra sigue su curso alumbrando las relaciones médico-paciente, que además de científico-técnicas son fundamentalmente afectivas. Verdad es que hay pacientes ingratos, pero yo comparto con mis colegas una grata sensación de bienestar, al ejercer mi profesión sin tomar jamás en cuenta olvidos e ingratitudes. El hombre es producto de la herencia pero también del medio; lo primero que el medio debe hacer, por tanto, es perdonarlo y después ayudarlo en todo lo que pueda. Hay que recordar al médico hispano-judío de Córdoba, Maimónides, cuando afirmaba en su oración: "Dios mío, llena mi espíritu de amor para el arte y para todas las criaturas. Sostén la fuerza de mi corazón para que esté siempre dispuesto a servir al pobre y al rico, al amigo y al enemigo, al bueno y al malvado. Haz que yo no vea más que al hombre en el que sufre".

Palabras y llanto, palabras y risas son nuestra ocupación. Curación por palabras, "hablar que consuela y estimula". El médico debe estar pegado a su paciente, igual si la enfermedad se porta bien o si se porta mal. En ambos casos, salud del cuerpo o muerte que se aproxima, es la palabra para el médico un recurso terapéutico que jamás debe olvidarse. Los aparatos, por muy importantes que sean o que nos parezcan, no pueden susti-

tuir al hombre que habla. Una teleradiografía de torax puede dar mejores datos que una auscultación, pero la ternura del médico se muestra mejor al poner la mano sobre la espalda y el pecho del paciente, que al mirar el negatoscopio; la palabra que fluye de los labios del médico y la mano que al explorar acaricia, son definitivos para ganar la voluntad y la fe del enfermo y contribuir con celo a su pronta curación.

Para terminar, tengo que decir con Richet, que el médico debe tener algo del alma de Don Quijote y algo del alma de Sancho Panza. Del alma de Don Quijote, para ir adelante, salir de los caminos trillados y comportarse mejor que el común de los hombres. Del alma de Sancho, por que esta originalidad profunda no conduce a nada si no está esclarecida por el buen sentido, un recto juicio y la noción de celo real. Por no haber tenido la audacia y la fantasía de Don Quijote, cuántos médicos eruditos han pasado al margen de los grandes descubrimientos y de las grandes obras sin realizarlas. Por no haber mostrado el buen sentido de Sancho Panza, cuántos médicos distinguidos han utilizado sus sueños en quimeras, sin provecho para ellos y para la humanidad.

Equilibrar la vida entre el buen sentido y la fantasía, soñar sin dejar que el sueño sea nuestro amo, luchar y trabajar sin dejar que el trabajo enajene el espíritu. Vamos por la vida entre pragmatismos y ensañaciones. No olvidemos ninguno de los dos, y recordemos siempre que el objetivo final de nuestra existencia es engrandecer el espíritu, desenvolver nuestras facultades anímicas y ayudar a los demás a hacer lo propio. Y que Dios nos bendiga.